

De Colón a la Alhambra: Washington Irving en España



eds. **Antonio Garnica Silva, María Losada Friend, Eloy Navarro Domínguez**



VI

WASHINGTON IRVING
Y EL HISPANISMO
NORTEAMERICANO
Eloy Navarro Domínguez

131

VI

Uno de los tópicos que más suele repetirse acerca de la figura de Washington Irving es sin duda el de su condición de precursor o fundador del hispanismo norteamericano¹. Sea lo que fuere lo que entendamos por hispanismo y sea cual sea su verdadera posición en él, lo cierto es que, más allá de su biografía de Colón, Irving logró crear, gracias a su innegable talento y a su prestigio como primer escritor norteamericano, una imagen literaria de España que ejerció durante décadas una fuerte atracción sobre los lectores norteamericanos y que, junto con el ejemplo vivo del propio autor, contribuyó notablemente al surgimiento de no pocas devociones por nuestro país, muchas de las cuales, con el tiempo, habrían de acabar encauzadas hacia el ejercicio profesional de los estudios hispánicos.

En la figura de Irving se pueden apreciar una serie de rasgos que, de un modo u otro, conforman desde sus comienzos la particular identidad del hispanismo norteamericano. Efectivamente, Irving ejemplifica como nadie la importancia que el componente afectivo, lo que podríamos denominar hispanofilia, ha tenido históricamente en el surgimiento y desarrollo del hispanismo y, al mismo tiempo, la frecuencia con que el estudio científico de la lengua española y las culturas de los países hispanoparlantes (ámbito que finalmente ha acabado acaparando el término en cuestión) se ha visto enriquecido y estimulado con aportaciones surgidas en ese mismo terreno fronterizo entre historia, ficción y relato de viajes en el que destacó el autor de *Life and Voyages of Christopher Columbus* y *The Alhambra*. Por último, en Irving se puede observar asimismo (y muy especialmente en la difusión alcanzada por su biografía de Colón) la particular importancia que lo español e hispánico han tenido desde un primer momento en la constitución de la identidad nacional norteamericana (bien como término de contraste o bien, por el contrario, como elemento constitutivo dentro de una sociedad formada por agregación de culturas), de lo que se deriva el carácter diferencial que presenta el hispanismo norteamericano no sólo frente al surgido en otros países, sino también frente a los estudios de otras lenguas y culturas dentro de los Estados Unidos. Sin embargo, representativo como lo es de la particular naturaleza del hispanismo norteamericano, Irving presenta, un rasgo particular que lo distingue dentro de éste y que le hace acreedor de un reconocimiento especial, como es el haber logrado elevar esa hispanofilia de base de la que surge el hispanismo en general a una altura literaria que no ha sido alcanzada después por ningún otro.

1

Así lo consideran, entre otros, Romera Navarro, quien lo sitúa entre los "precursores" del hispanismo (15) e Ynduráin, que se refiere al autor como "primer hispanista norteamericano" (9). Aunque sin utilizar el mismo término, Adorno (2002) y Kagan (2002) lo sugieren también implícitamente.

2

'El extranjero que ha dependido de la lengua y las costumbres y traje de España' en Covarrubias.

Pero para entender la peculiar ubicación de Irving dentro del hispanismo norteamericano es necesario comenzar recapitulando sumariamente la historia de éste y considerando su particular naturaleza, y aún antes que eso, examinar el sentido que el término ha tenido y tiene en la actualidad, pues en la evolución de las palabras que la designan se transparenta en gran medida la que ha seguido la propia disciplina a lo largo del tiempo.

El carácter vocacional que desde sus orígenes tiene lo que habitualmente entendemos por hispanismo se encuentra ya implícito en la aparición del propio término hispanismo y, mucho antes que él, hispanista. En un principio, los diccionarios de Covarrubias y de Autoridades incluían, para referirse a los extranjeros aficionados a lo español, la palabra *españolado*². Posteriormente el término hispanista fue recogido oficialmente

por el Diccionario de la Real Academia, tal como ha recordado Juan Antonio Frago (2003), en 1914³ (si bien había sido ya utilizado en torno a 1876 por Menéndez y Pelayo), mientras que hispanismo, que tradicionalmente había sido recogido con significado exclusivamente lingüístico (modo de hablar particular y privativo de la lengua española.)⁴, aparece con el sentido al que aquí nos referimos (aunque nunca como primera acepción) sólo a partir de 1936⁵. El profesional de los estudios hispánicos (incluyendo indistintamente a historiadores y filólogos) irá siendo designado progresivamente con el término hispanista; de ahí que, para aludir al simple aficionado a lo hispánico, el Diccionario de la Real Academia recoja desde 1970 el término hispanófilo. En cualquier caso, tal como destaca Frago (y es sin duda un aspecto relevante de la cuestión que nos ocupa), el término que alude a la persona aparece recogido antes que el que nombra la actividad o menester desempeñado por ella.

Otro tanto ocurre en la propia lengua inglesa, donde hispanism aparece recogido en una entrada de 1964 del Oxford English Dictionary sólo como sinónimo de hispanicism⁶, mientras que el Diccionario Merriam Webster lo localiza en 1940, dando como primera y segunda acepción respectivamente 'a movement to reassert the cultural unity of Spain and Latin America' y 'a characteristic feature of Spanish occurring in another language'⁷. Sin embargo, el término hispanist aparece datado en 1934⁸ por el Oxford English Dictionary con el significado 'one versed in, or devoted to, the Spanish language or the study of Spanish', mientras que el Merriam Webster lo adelanta a 1786, dando como definición 'a scholar specially informed in Spanish or Portuguese language, literature, linguistics, or civilization'. Este último diccionario lo sitúa, pues, en una fecha próxima a la que diera en su día R. J. Dingley (1987), quien lo registra en varios pasajes del libro de Joseph Baretti, Tolondron. *Speeches to John Bowle About his Edition of Don Quixote; Together with Some Account of Spanish Literature* (1781), edición esta, la de Bowle, en la que Blecua sitúa el comienzo del hispanismo británico (74).

El término hispanist aparece, pues (como no podía ser menos), antes en la lengua inglesa que en la española y, sobre todo, en aquella, antes también que su correlato hispanism, con lo que parece claro, de nuevo, que la vinculación con España o lo hispánico se reconoce inicialmente en un plano personal, como vocación o afición, siempre antes que la conceptualización de la actividad y su posterior institucionalización. Ello nos permite deducir que hubo una época en la que había hispanistas que se reconocían ya entre sí con ese nombre, pero cuya actividad, sin embargo, no era todavía conocida como hispanismo. El término designa, pues, en sus orígenes, al simple aficionado, y sólo más tarde, con la constitución de la Historia de la Literatura como disciplina en el tránsito del siglo XVIII al XIX (Romero Tobar, 2003), al profesional académico que ejerce lo que se conoce ya como hispanismo.

Sin embargo, antes de seguir los pasos del hispanismo consolidado como disciplina académica, conviene recordar que, a pesar de la falta de una disciplina constituida como tal y de la ausencia de la infraestructura académica necesaria para su desarrollo, los primeros hispanistas de afición lograron acercarse en muchas ocasiones al grado de rigor que alcan-

3

'Persona versada en la lengua y literatura españolas';⁴

Así en el Diccionario de Autoridades. Frago (44) menciona igualmente el uso que del término hace Unamuno en 1905 como sinónimo de "españolismo".

5

'Afición al estudio de la lengua y literatura españolas y de las cosas de España'.

6

'Spanish idiom or mode of expression'.

7

Aunque no aparece recogido en ninguno de los diccionarios consultados, hispanism se usa asimismo (al igual que el correspondiente término francés hispanisme) para aludir, en el contexto de la política internacional, a los partidarios y favorecedores (a veces colaboracionistas) de España, ya sea en la Francia del siglo XVII o en la Hispanoamérica del XIX.

8

La cita procede a su vez del New International Dictionary of the English Language (Ed. W. T. Harris y F. S. Allen. 2a ed. 2 Vols. Springfield: Merriam, 1934). En el Oxford English Dictionary aparece igualmente, en un texto de 1960, hispanophil(e), 'a lover of Spain and Spanish culture' e incluso, en 1906, y con el mismo sentido, el préstamo hispanófilo.

9

Sobre este aspecto véase Vargas Llosa (2003).

10

Uno de los ejemplos más interesantes de hispanista aficionado contemporáneo es el de Gerald Brenan, que escribiría, además de sus obras más conocidas, diversos estudios de Historia literaria como *The Literature of the Spanish People. From Roman Times to the Present Days* (1951), y que representa, para Romero Tobar, una "mixtura de escritor y lector apasionado que se preocupa por la Historia de la literatura española" (205) en la que se aprecia una característica "pervivencia del viejo taller romántico que todavía impregnaba muchas miradas de viajeros extranjeros a la España de mediados del XX" (206). Sobre el hispanismo de Brenan véase el capítulo ("Spain is My Country: Revolution or No Revolution": Love and Politics in Gerald Brenan") que Faber le dedica en su libro (155-182).

11

Tal como recuerdan tanto Faber (2008) como Fernández (2002), esa misma escala de valores seguía vigente todavía en las universidades norteamericanas antes de la Primera Guerra Mundial.

zarían después los profesionales universitarios, a quienes legaron, de hecho, numerosas obras sobre las que habría de constituirse posteriormente la disciplina como tal. Un ejemplo podría ser el del británico Lord Holland (1773-1840), de quien Wardropper ha escrito:

It must be remembered that Lord Holland did not possess the tools of erudition which the modern Hispanist has at his disposition. No histories of literature to give him, however imperfectly, a panoramic view of his subject; no learned reviews; no classified bibliographies; and no library collections with any pretensions to completeness. He was therefore forced to start from scratch and use conversations with those who had read as substitutes for works of criticism; he had to make what use he could of the inaccurate and often illogical eighteenth-century studies on Cervantes, the theatre and the art of poetry; and in default of a reference library he had to build up his own private library of Spanish Works . . . Lord Holland was, as a result of the collection of this library, able to read enough on his subject to make him more than a mere dilettante. (262-3)

En realidad, la relación genética entre hispanofilia e hispanismo nunca ha desaparecido del ámbito de la disciplina. En un interesante capítulo de su libro sobre los hispanistas anglosajones ("*Labor of Love: Hispanism as Hispanophilia*"), Sebastiaan Faber (2008) ha llamado la atención sobre esa relación, a propósito precisamente de los pioneros del hispanismo norteamericano, entre los que incluye inevitablemente a Irving:

But how, then do we account for the fact that these same Hispanophiles are also considered the first foreign Hispanists- that is, the first recognized experts on things Spanish? . . . Historically, then, Hispanophilia lies at the origin of Hispanism as an academic field, at least as practiced by non Spaniards. And in the same way a developing human embryo quickly speeds through the stages of the species' evolution, it is probably also true that many a foreign Hispanist's individual career, mirroring the evolution of the discipline, originated in a love of the Hispanic world that was less based on knowledge than on fancy. (21)

Sin embargo, la mencionada evolución nunca ha llegado a eliminar del todo del hispanismo académico aspectos importantes de la hispanofilia, como el componente fuertemente emocional⁹ o la coexistencia de la práctica académica con actividades de muy diversa naturaleza, tal como se refleja en el retrato que Faber hace de los hispanistas de comienzos del siglo XX: "Even though professionalization was on the rise, especially in the United States, the interbellum Hispanist was still a jack of all trades: traveler, language teacher, text-book writer, scholar, journalist, tourist guide, and, above all, something of a self-appointed ambassador of Spanish culture (...) In many cases, the Hispanist was simply a Hispanophile who had turned his passion into a profession" (8)¹⁰.

El tránsito de la simple hispanofilia al hispanismo profesional que se dio entre finales del XVIII y comienzos del XIX se vio favorecido, como se ha dicho, por la constitución de la Historia Literaria como disciplina académica, pero también, en el contexto particular de los Estados Unidos, por la necesidad que experimentaban los hispanistas aficionados de legitimar por la vía académica el estudio de una cultura que era percibida como inútil o inferior fren-

te a otras como la francesa o la alemana, un problema que, según Faber (véase el capítulo “U. S. Hispanism and the Quest for Prestige” de su libro ya citado), ha acompañado desde sus orígenes al hispanismo norteamericano¹¹. Finalmente, además de contribuir a alimentar la hispanofilia con su preferencia por los temas hispánicos, el romanticismo contemporáneo debió hacer ver a más de un hispanófilo que la dedicación a los estudios hispánicos constituía en sí misma un gesto romántico en el que, aparte de la reivindicación de un espacio periférico con respecto a Europa (como lo eran, por lo demás, los Estados Unidos), había también algo de empresa quijotesca en defensa de una cultura tradicionalmente despreciada.

Es en ese contexto en el que debemos situar el caso de Irving, a quien, si no como origen del hispanismo norteamericano, habría que considerar desde luego como un hito decisivo del mismo. Efectivamente, si antes que él ya otros se habían dedicado a los estudios hispánicos¹², la relevancia que alcanzó Irving en este terreno se debió en gran parte al hecho de haber coincidido en el tiempo con una encrucijada decisiva del hispanismo norteamericano, en la que éste habría de experimentar, según Richard Kagan (Introducción: 8) una clara disociación en dos tendencias o “vías paralelas”. Una de ellas, la que habría conservado como tal la denominación de hispanismo hasta la actualidad, correspondería a los estudios académicos relacionados con las culturas hispánicas. La segunda sería más bien de carácter literario y se correspondería con una hispanofilia que no tendría que conducir necesariamente a la profesionalización y que, además de manifestarse en género literarios específicos, como el relato de viajes, se extendería asimismo a otros ámbitos como las bellas artes o la música. En ambos casos, como se verá, la huella de Irving fue decisiva.

La primera tendencia a la que nos hemos referido tendría como representante más emblemático a George Ticknor, autor de la pionera *History of Spanish Literature* (1849) y verdadero fundador del hispanismo universitario norteamericano, quien, desde 1819, había estado al frente de una de las primeras cátedras de Español de los Estados Unidos, la *Smith Professorship of the French and Spanish Language* del *Harvard College*, cátedra en la que le sucederían otras dos destacadas figuras de la literatura norteamericana: Henry Wadsworth Longfellow y James Russell Lowell (Kagan 2002; 9-11; Hart 108). Dentro de esta misma línea, pero en el ámbito de los estudios históricos, la otra gran figura del naciente hispanismo fue sin duda William Hickling Prescott, el autor de *History of the Reign of Ferdinand and Isabella* (1837), *History of the Conquest of Mexico* (1843), *Conquest of Peru* (1847) y *History of Philip II* (1855-8). El papel jugado por Prescott fue decisivo en la evolución posterior del hispanismo norteamericano, pues fue él quien consagró lo que Kagan (2002) ha llamado el “paradigma Prescott”, es decir, la representación de España como un país monárquico, indolente y fanático frente a unos Estados Unidos republicanos, emprendedores y racionales.

A pesar de no haber ocupado ninguna cátedra, la contribución de Irving a esta tendencia del hispanismo fue, no obstante, de gran importancia, pues, de hecho, se anticipó a la publicación de las obras de Prescott y Ticknor con la publicación de *Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828) y *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus* (1831). Sobre el impacto de la Vida y viajes de Cristóbal Colón dentro de la primera de las líneas mencionadas poco más podría añadirse a lo escrito en su día por Rolena Adorno (1997, 2001, 2002 y 2008), quien considera la obra “a landmark in Anglo-North American Hispanism” (*Washington Irving’s Romantic Hispanism* 61). Más allá de los muchos detalles que aporta, Adorno

11

Tal como recuerdan tanto Faber (2008) como Fernández (2002), esa misma escala de valores seguía vigente todavía en las universidades norteamericanas antes de la Primera Guerra Mundial.

12

Véanse Stimson (1954 y 1961), Williams (1955) y Kagan (2002).

sugiere una idea que me parece fundamental para situar la obra a la vez dentro y fuera del hispanismo, y es que los motivos de Irving a la hora de escribir sobre Colón (siempre hay que recordar que fue un encargo institucional y que inicialmente sólo se trataba de una traducción) no tenían nada que ver específicamente con España, ya que lo que le interesaba no era tanto la empresa del Descubrimiento como el perfil moral del personaje que la hizo posible, y no tanto las consecuencias que dicha empresa tuvo dentro del ámbito hispánico como las que hubo de tener para los Estados Unidos. Como recuerda Adorno, Irving escribe en una época en la que los norteamericanos contemplan con especial atención a las recién independizadas repúblicas hispanoamericanas, y su obra coincide en el tiempo con la proclamación de la doctrina Monroe en 1823 y con la formulación en 1845 de otra doctrina, la del Destino Manifiesto, igualmente relevante para las relaciones de los Estados Unidos con el mundo hispánico. Se trata, por tanto, de una época en la que la joven república se encuentra empeñada en la construcción de su propia identidad nacional, un proceso en el que Irving estaba jugando ya un papel decisivo en el terreno literario como prueba palpable de la existencia de una literatura específicamente norteamericana. En ese proceso, los vínculos con Europa y, sobre todo, con Gran Bretaña, constituyen sin duda un elemento esencial, pero también empieza a cobrar una importancia creciente la conciencia de una identidad americana hemisférica, para la que el hecho del Descubrimiento y la figura de Colón son fundamentales.

Para Adorno, Irving logró hacer del Descubrimiento un hito fundacional de los Estados Unidos (por encima incluso de la llegada del Mayflower en 1620) y de Colón uno de los fundadores del país, para lo cual lo adornó con una serie de virtudes que los norteamericanos reconocían como suyas propias, y lo presentó como una suerte de colono decidido, valiente y razonable, "the proto-American hero . . . the model of citizenship for the U.S. romantic era" (Washington Irving's Romantic Hispanism 72), o, desde otra perspectiva, como una versión primitiva de uno de los grandes mitos norteamericanos: el "self-made man". De ese modo, tal como resalta Adorno, "Washington Irving, as Prescott and others would do after him, turned the Spanish adventure in the New World into a remarkable Anglo-American story" (Washington Irving's Romantic Hispanism 61). En ese sentido, dentro de la construcción de este nuevo Colón, tiene una especial importancia, como ha sabido ver Adorno, la representación que Irving hace del rey Fernando (para la que le convenía más sin duda el relato de Hernando Colón que el trazado por Martín Fernández de Navarrete), un rey cuyo particular temperamento no sólo contribuía a destacar las virtudes morales del héroe, sino también a reforzar el perfil americano de éste, estableciendo además el autor un paralelismo implícito entre la relación de ambos y el enfrentamiento de los norteamericanos con el rey Jorge III de Inglaterra. Finalmente, el conflicto del héroe solitario con el rey facilitaba la asimilación del relato a la novela histórica del romanticismo, decisiva, como sabemos, en la obra de Irving, pero también a determinados textos de carácter igualmente fundacional (el rey Católico habría actuado como Alfonso VI en el Poema del Cid), dimensión esta última que era esencial para la inserción del texto y su protagonista en la historia cultural norteamericana.

Efectivamente, dentro del proceso de construcción de su identidad nacional, los Estados Unidos necesitaban un héroe fundacional y, dada la reciente formación del país, no era posible buscarlo en tiempos remotos (como habían hecho los románticos europeos al volverse al período fundacional de sus estados, la Edad Media, para llevar a cabo una refundación literaria de los mismos) y hubo de conformarse con un acontecimiento más reciente, aunque, eso sí, de proporciones no menos heroicas que las gestas medievales. Irving escribió así la

única novela histórica de los orígenes que era posible en los Estados Unidos, y se propuso relatar en ella el único mito fundacional igualmente posible, el del Descubrimiento, para lo cual tenía necesariamente que americanizar a Colón, una naturalización que no resultaba demasiado forzada dada la condición de apátrida del Almirante y la propia composición de la sociedad norteamericana. En definitiva, se podría decir que, a falta de un personaje legendario sobre el que basar la historia nacional, Irving procedió en sentido contrario y convirtió en héroe de leyenda a un personaje histórico.

Esta americanización de Colón fue una de las claves del inusual éxito que tuvo la obra entre el público norteamericano, que la leyó, sin duda, de un modo bien diferente a como se leería en España después de ser traducida en 1833 por José García de Villalta. La biografía trajo consigo además, como es sabido, la inevitable versión abreviada, que, tras su introducción en las escuelas, fue determinante en la consagración de Colón dentro del imaginario cultural norteamericano, si bien es cierto que, por ser más leída que la original, acabaría también por dar argumentos a quienes dudaban de la seriedad de Irving en su trabajos históricos.

Esta última cuestión, la competencia de Irving como historiador, ocupó el centro de la recepción crítica de su biografía de Colón. Así, tanto en España como en los Estados Unidos, los juicios que recibió la obra se centraron sobre todo en dos aspectos: el modelo historiográfico elegido por el autor y la utilización que éste hizo del libro de Martín Fernández de Navarrete. Uno de los más ajustados fue sin duda el de Marcelino Menéndez y Pelayo:

Dos escritores yankees, dotados los dos de singular talento de estilo y de no menor entusiasmo por las cosas de España, historiadores románticos en el buen sentido de la palabra, esto es, discípulos de Thiery y de Barrante, que ha vuelto a convertir la historia en una maravillosa obra de arte, fueron los primeros en explotar aquel tesoro, con el mismo ingenio y amenidad que antes y después aplicaron a la restauración de otros períodos de nuestra historia. Pero W. H. Prescott sólo pudo tratar de las cosas de Colón por incidencia en algunos capítulos de *History of Ferdinand and Isabella*, obra tan sólida como deleitable; al paso que Washington Irving le dedicó un libro entero en su conocidísima *Life of Columbus*, a la cual puso término en Madrid en 1827, siendo gallardamente traducida al castellano, en 1834, por don José García de Villalta, tan conocedor de la lengua inglesa como de la propia. Irving distaba mucho de valer, como historiador, lo que valía Prescott: no juntaba, como éste, la erudición del arte. Era más bien un narrador poético, un historiador anovelado, en quien se reconoce siempre al autor de los *Cuentos de la Alhambra*. Su *Crónica de la conquista de Granada*, por ejemplo, es una especie de libro de caballerías, histórico en su fundamento y en sus rasgos principales, pero lleno de pormenores fantásticos y de pura invención: obra, en suma, que parece un retoño póstumo de las *Guerras civiles* de Ginés Pérez de Hita o de la *Crónica de Abulcación Tarif Abentarique*, parto de la fértil inventiva del morisco Miguel de Luna. Pero la *Vida de Colón* es cosa muy distinta; y sin dejar de ser uno de los libros más agradables y de más fácil e interesante lectura que pueden encontrarse, es al mismo tiempo un trabajo histórico serio, en que el autor, conteniendo en razonables límites la lozanía de su pluma, ha tenido el buen gusto de no añadir accesorios fabulosos a una realidad que por sí misma es más poética que cualquiera fábula. La novela estaba dada en los hechos mismos; Washington Irving no tenía más que contarla, lo cual hizo de un modo superior a todo elogio, sacando el jugo a los documentos publicados por Navarrete y considerándolos con las historias impresas

13

El libro al que se refería Menéndez Pelayo no era otro que el *Examen crítico de la Historia y de la Geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la Astronomía Náutica en los siglos XV y XVI* (1836) de A. von Humboldt, quien, después de usarla en abundancia, diría de la *Vida de Colón*: "no sólo brilla por la elegancia del estilo, sino también por el descubrimiento de muchos hechos nuevos importantes para la historia" (228, n.1).

y manuscritas, que disfrutó casi en su totalidad, puesto que Navarrete le ayudó generosamente con sus consejos y con sus libros y tuvo, además, libre acceso a la Colección Muñoz y a otras particulares. Merece, pues, respeto la erudición de Irving, por más que no hiciera de ella ostentación y aparato. Que hubiera sido impertinente en un libro popular, en una obra de arte; y así por esto, como por el buen juicio que generalmente muestra en las cuestiones dudosas, y por la singular belleza de su estilo descriptivo y narrativo y por lo mucho que amó a España y contribuyó a hacer amables las cosas españolas, le debemos un dulce recuerdo y la justicia de reconocer que, tomada en conjunto la biografía de Colón, no ha sido superada todavía y es la que principalmente debe recomendarse a los hombres de mundo y a los aficionados; aunque, por nuestra parte, encontramos superior aún, en interés y en fuerza poética, su libro de los *Compañeros de Colón*, que viene a ser una segunda parte. Hoy desgraciadamente no suelen escribirse libros de este género. Es evidente, sin embargo, que la curiosidad científica no puede totalmente satisfacerse con tales libros, por más esfuerzos que el autor haga por mantenerse en equilibrio los derechos de la historia y los de la fantasía. Así es que tras el libro de Irving vino otro de muy distinto carácter, y en el cual sobre la misma base de los documentos de Navarrete, se entra en todas aquellas minuciosas discusiones de geografía física, y de astronomía náutica, que el elegante narrador americano había esquivado, ya por falta de competencia, ya en obsequio a la armonía artística de su obra. (104-5)¹³

Tal como se puede apreciar en la cita, la valoración del libro dependió en gran medida de la estima en que se tuviera esa misma escuela de historiografía romántica a la que se refería Menéndez Pelayo, pues, si algo caracterizaba la obra de Irving era, desde luego, su indudable querencia novelesca, manifiesta sobre todo en la construcción del relato y de los personajes según procedimientos típicos de la ficción narrativa. En realidad, se trataba de un rasgo característico de la historiografía romántica norteamericana, presente, como estudiara en su día David Levin en *History as Romantic Art* (1959), entre historiadores tales como Bancroft, Motley, Parkman y el propio Prescott, quienes se sirvieron de recursos típicamente literarios no sólo en el tratamiento de los protagonistas de sus obras, en textos de marcado sentido épico, sino también en el diseño del tejido narrativo de las mismas. Irving, que contribuyó notablemente a esta tendencia con la *Vida de Colón* y que incluso abrió camino con ella a alguno de los historiadores estudiados por Levin, estaba sin duda mejor dotado como escritor que el resto y, por tanto, logró dar a su obra cualidades verdaderamente literarias. En ese sentido, no hace falta recordar la importancia que tiene la historia como materia literaria en el romanticismo y la escasa distancia que separa ambos dominios en la época, hasta el punto de que, como ha recordado George Dekker (1990), no era infrecuente que un mismo autor simultaneara historiografía y creación literaria, como fue el caso del propio Walter Scott, que ejerció, como es sabido, una fuerte influencia sobre Irving. Esta preferencia de Irving por un modelo historiográfico tan próximo a la novela histórica habría de ponerse de manifiesto abiertamente en la *Crónica de la Conquista de Granada*, que fue escrita, como es sabido, de forma paralela a la biografía de Colón, y en la que Irving fue aún más allá de la incorporación de elementos novelescos, llegando, como es sabido, a atribuir la supuesta crónica a un Fray Antonio de Agápida enteramente ficcional. Sin embargo, y dada la utilidad que esta misma historiografía romántica presentaba para la construcción de una identidad nacional propia, los historiadores norteamericanos fueron especialmente benevolentes con la obra de Irving

(en quien no dejaban de ver al primer hombre de letras de la nueva nación), como fue el caso de William Prescott, gran patriarca del hispanismo norteamericano e integrante, como hemos visto, de la misma escuela historiográfica, quien no escatimó elogios a la biografía, augurando al autor, en su *History of the Reign of Ferdinand and Isabella*, un lugar permanente dentro de la historiografía colombina (Adorno 2002).

En España siempre se apreció el que Irving contribuyese con su biografía a la glorificación de un acontecimiento histórico que era considerado como un momento estelar de la propia historia nacional, por mucho que el Colón que los españoles vieron reflejado en la obra no coincidiera con el que les había sido presentado tradicionalmente por la historiografía española. En general, hay que decir que en España, donde no existían los mismos intereses políticos que en Estados Unidos alrededor de la figura de Colón (o simplemente eran de otro signo), se conocía mejor el trabajo de Fernández de Navarrete y la relación de éste con Irving, y, por ello, se percibía también con mayor claridad el componente novelesco que tenía la biografía del norteamericano. El propio Fernández de Navarrete, a pesar de los muchos elogios que vertió sobre la obra de Irving, no dejaría de considerarlo como autor de ficción, mientras que, según recuerda Adorno (2002), Enrique Gil y Carrasco (que siempre reconoció las virtudes de Irving como "colorista") denunció en el periódico *El Pensamiento* el mal uso que, a su juicio, había hecho el norteamericano del libro y de los documentos de Fernández de Navarrete.

En realidad, Gil y Carrasco no hacía sino reproducir los juicios de Severn Teackle Wallis, quien habría de convertirse en el crítico más hostil de las obras de Irving sobre España. Abogado de Baltimore, Wallis había sido alumno de Cubí y Soler en el *St. Mary's College*, y su ferviente hispanofilia se vería recompensada con su elección en 1843 como miembro de la Real Academia de la Historia. Wallis visitó España por primera vez en 1847 y, más tarde, en 1849, fue enviado en misión diplomática por el Gobierno, publicando posteriormente un libro, *Glimpses from Spain* (1849), que constituye, como se ha dicho, una excepción con respecto al modelo que Irving había establecido dentro de la práctica del relato de viajes por España. Desde las páginas del *Southern Literary Magazine*, Wallis lanzó una dura campaña contra la biografía (que, mientras tanto, había alcanzado ya las aulas de Secundaria en su versión abreviada) por no haber reconocido en toda su extensión la deuda que tenía con Fernández de Navarrete y por el mal ejemplo que daba con ello a la naciente investigación historiográfica en su país (Adorno, *Washington Irving's Romantic Hispanism* 74-82). Pero el cuestionamiento de Wallis no afectaba en exclusiva a la metodología empleada por Irving, sino que se extendía también a la imagen de España que éste había dejado plasmada no sólo en la biografía de Colón, sino también en *Tales of the Alhambra*, como un país anclado en el pasado, ignorante y fanático, imagen que, en opinión del hispanista, no coincidía con lo que describía como "a living, existing nation, modern, civilized, and Christian" (cit Adorno, *Washington Irving's Romantic Hispanism* 77). A esta crítica añadía Wallis el que, además de mantener los estereotipos habituales, Irving distorsionara la realidad atribuyendo en exclusiva a los españoles una crueldad y una codicia de las que los anglosajones (que se presentaban a sí mismos como laboriosos y bienintencionados colonos) tampoco habían estado libres.

Pero, al margen de las polémicas inmediatas por parte de quienes, de un modo u otro, se encontraban directamente implicados en la cuestión, lo cierto es que el aprecio por la obra de Irving se mantendrá durante décadas, tal como se pone de manifiesto, por ejemplo, en el juicio que hizo de ella Edward Bourne, el autor de *Spain in America* (1904), quien, escribiendo

desde una época en la que el positivismo había dejado atrás la historiografía romántica, protestaría, sin embargo, por el descrédito que el estilo elegante y colorista y el tratamiento épico de la historia habían granjeado a Irving, cuando, en opinión del historiador, su biografía era, con la excepción del *Christophe Columb* de Henry Harrisse (1884), una de las más fieles a los documentos conservados.

La contribución de Irving al hispanismo académico fue, pues, decisiva, aun a pesar de estar limitada a un par de obras, y ello no sólo por el rigor historiográfico que subyacía debajo de la apariencia literaria de las mismas, sino, sobre todo, por el hecho de que, al centrarse en la figura de Colón y presentarlo bajo una apariencia que lo hacía asumible como parte integrante del proyecto político de los Estados Unidos (y prueba de ello fue la difusión de la versión abreviada), demostró que los estudios hispánicos podían ser de utilidad para la sociedad norteamericana, contribuyendo así poderosamente a la posterior institucionalización de los mismos.

Pero, la influencia de Irving en el desarrollo del hispanismo académico no sólo se dejó sentir directamente por la vía de la publicación de sus trabajos colombinos, sino, sobre todo, por el modo en que otros textos suyos cambiaron la visión que de España tenía la sociedad norteamericana, la misma, en definitiva, que sostenía las universidades donde empezaba a estudiarse la lengua y la cultura españolas, y las nutría, además, de jóvenes vocaciones. Se trata de una influencia de fondo que entraría dentro de esa otra vía del hispanismo, más literaria que científica, a la que se refería Kagan y en la que Irving tuvo un papel aún más relevante que en la otra, gracias fundamentalmente a sus *Cuentos de la Alhambra*, una obra cuya repercusión fue, de hecho, mucho mayor que la que llegó a tener la biografía de Colón.

En los *Cuentos*, Irving dio forma a la imagen de una España que acabaría prevaleciendo en esta segunda línea de hispanismo literario, la imagen romántica de un país anclado en el pasado que sólo se vería cuestionada, como vimos, por Severn Teackle Wallis (Kagan "Introduction" 2002; Gifra-Adroher 2000) y cuya consolidación se debió sin duda a lo que Kagan ha definido como su "oriental interpretation of the Spanish character" (Prescott's Paradigm 250). A ese respecto hay que recordar que, en sus distintas versiones, los *Cuentos de la Alhambra* nunca llega a ser un libro sobre España; ni tan siquiera como lo son tantos otros escritos a lo largo del XIX y en los que la búsqueda del "color local" distorsiona inevitablemente la visión del país; y no lo es por haber elegido el autor un lugar de por sí tan singular que de ningún modo podía resultar representativo de la historia y la geografía española. La razón de la elección de la Alhambra y de Granada como epítomes de España no es otra que la capacidad de evocación del pasado histórico, que es lo que en realidad interesa al autor (de ahí las poco verosímiles continuidades genealógicas que traza entre los granadinos nazaries del siglo XV y los del XIX), por lo que, finalmente, en lugar de explicar Granada a partir de España, Irving intentó más bien explicar España a partir de Granada, algo que tuvo sin duda una recepción favorable entre norteamericanos y europeos y que, en cierto modo, llegó incluso a ser aceptado entre los propios españoles, ocupados también por entonces en un proceso de redefinición de su identidad nacional en el que las singularidades folklóricas acabarían jugando un importante papel¹⁴. Pero esta distorsión era, de alguna manera, perfectamente explicable, ya que la obra responde al modelo romántico del libro de viajes, que concibe el género como testimonio de una experiencia subjetiva y trascendentalizada, (de ahí la fórmula de la "peregrinación" que con tanta frecuencia adopta) frente a la simple presentación de la realidad que había sido habitual

en los relatos de viajes hasta el siglo XVIII. Desde esa perspectiva, se podría decir incluso que, para Irving, más que un espacio geográfico que funciona como puerta de acceso a un pasado histórico o como emblema de una identidad nacional, Granada es sobre todo, un estado de conciencia, el mismo que otros muchos “peregrinos” norteamericanos (no necesariamente hispanistas y ni tan siquiera hispanófilos) han buscado posteriormente en sus viajes a la ciudad. En ese sentido, el modo de proceder de Irving y de quienes le siguieron se ajusta al procedimiento del que, según afirma Edward Said (1978), surgiría la imagen occidental del Oriente, imagen apoyada en un “esencialismo sincrónico” que obviaría tanto la historia como el presente del país y que, como ha señalado Gifra-Adroher, haría que a partir de entonces España pasara de ser un país simplemente remoto a ser un país prácticamente de otro mundo (2000: 226).

Con los Cuentos, Irving estableció además el modelo del que habría de convertirse en el género más habitual dentro de esta vertiente literaria del hispanismo, el relato de viajes, modelo que siguieron Caroline y Caleb Cushing en *Letters* (1832) y *Reminiscences of Spain* (1833) respectivamente, y Longfellow en *Outre-Mer; A Pilgrimage Beyond the Sea* (1835), y que, después de la guerra de Secesión, adoptarían otros autores como John Hay en *Castilian Days* (1871), Kate Field en *Ten Days in Spain* (1875), H. C. Chatfield-Taylor en *Land of the Castinet* (1896) y James Russell Lowell en *Impressions of Spain* (1898).

En realidad, Irving no fue el primer norteamericano en escribir un relato de viajes por España. Como han estudiado Kagan (2002) y Gifra-Adroher (2000), los primeros viajes a España de John Adams, James Monroe y John Jay (Gifra-Adroher 44-66), se habían producido ya durante en el período revolucionario, pero apenas tuvieron un impacto apreciable en la sociedad norteamericana, pues sus autores se limitaron a recoger y transmitir información sobre el país. Más adelante, entrado ya el siglo XIX, los relatos viajes de Mordecai Noah, *Travels in England France, Spain, and the Barbary States in the Years 1813-14 and 15* (1819) o Alexander Slidell Mackenzie, *A Year in Spain* (1829), concebidos todavía con un sentido didáctico típicamente dieciochesco, analizaban la realidad española desde una perspectiva claramente ideológica que, de acuerdo con el “Paradigma Prescott”, contraponía las virtudes de la sociedad norteamericana, protestante y republicana, a los males de una España decadente, católica y absolutista (Gifra-Adroher 67-121).

Aunque no abandonan del todo el antiguo modelo ilustrado y su característico acopio de datos sobre el país visitado, los libros de viaje por España de autores norteamericanos muestran a partir del primer tercio del siglo XIX una serie de cambios que se deben a la influencia de Irving, y no sólo de los *Tales of the Alhambra*, sino también del *Sketchbook*, al que puede considerarse, de hecho, como uno de los primeros libros de viajes del romanticismo. Así, aunque la visión exótica de España tendía a la “feminización” de su imagen según el modelo orientalista estudiado por Said, lo cierto es que, según Gifra-Adroher (187-223), en tales relatos se puede observar asimismo una cierta orientación hacia un público específicamente femenino, como en el libro de Caroline Cushing, que refutaba la presunción de que el viaje a España era, por las características específicas del país, una experiencia reservada sólo a los hombres. Además, como señala de nuevo Gifra-Adroher, los viajeros que siguieron el modelo de Irving introdujeron asimismo una perspectiva irónica que faltaba en los relatos de Noah o Mackenzie, e igualmente un componente imaginativo y novelesco que estaba destinado a reforzar la mencionada superación de la historia contemporánea frente a la obsesiva presencia de esa misma historia en sus predecesores.

Irving tuvo contacto personal con la mayor parte de los autores mencionados. A Mackenzie y Longfellow, como recuerda Gifra-Adroher, los trató en 1827 durante su estancia en

Madrid. De todos ellos, fue con Mackenzie con quien Irving tuvo una relación más estrecha, llegando a corregirle la edición británica de *A Year in Spain* (1831) e intentando que su editor le publicara su segundo libro, *Spain Revisited* (1836). En París, en 1829, Irving conoció, de camino a Londres, a Caleb Cushing, quien, después de haber leído, como Longfellow, el *Sketchbook* tenía intención de escribir algo similar, y a quien el propio Irving dio algún consejo al respecto, aunque los *Tales of the Alhambra*, el sketchbook por excelencia sobre España, apareció sólo unas semanas antes de su propio libro. *Tales of the Alhambra* no llegó a ser leída por Cushing, como tampoco por Longfellow, quienes, sin embargo, sí leyeron, y muy atentamente, según se ha dicho, el *Sketchbook* y, por supuesto, *Life and Voyages of Christopher Columbus*. Esta última obra, al igual que la Crónica de la conquista de Granada está muy presente, como no podía ser menos, en el libro de Mackenzie, quien, de hecho, alaba a Irving como uno de los mayores escritores vivos en lengua inglesa, y también lo está en el relato de Caleb Cushing, mientras que la esposa de éste, Caroline, cita tanto *Tales of the Alhambra* como *Life and Voyages* al referirse en su libro al Archivo de Indias de Sevilla.

Esta influencia de Irving hará que los autores de relatos de viaje incluyan desde muy pronto, casi como una convención más del género, el reconocimiento expreso a su figura. Así lo hace, por ejemplo, el anónimo autor de *Scenes in Spain* (1837), quien, al llegar a Granada, decide sencillamente ahorrarse la descripción de la ciudad aduciendo que cualquiera desmerecería de la del autor de *Alhambra*; y así se pone de manifiesto igualmente, todavía en 1896, en uno de los más interesantes libros de viaje de esta corriente, *The Land of the Castanet*, de H. C. Chatfield-Taylor, quien señalará:

To speak of Granada is to speak of the Alhambra, but one falters at describing the vastness and the delicacy of that last effort of the Spanish Moor; one falters at treading in Irving's footsteps even in the humblest way, for he made the palace and all its memories so thoroughly his own. The hotel beneath the walls bears his name; his *Tales* are sold by importunate vendors; the guide shows the room in which he slept with an air of mysterious reverence, and wherever one turns one feels the presence of the American writer who, more than any man, has preserved the memory of the Moor. (161)

Pero la influencia de la visión de España que Irving plasmó en sus escritos no se redujo al ámbito de la literatura, sino que se extendió a otros lenguajes artísticos, y singularmente (como no podía ser menos en el contexto del romanticismo) a la pintura. En su libro *Vistas de España* (2007), Elizabeth Boone ha estudiado la obra de tema español de los pintores estadounidenses de mediados del XIX y, en especial, la de Samuel Colman (1832-1920), quien en 1860 (y siguiendo la ruta sugerida por Richard Ford en el *Handbook for Travellers in Spain*) hizo un viaje por el sur de España que incluyó Gibraltar, Sevilla y Granada, viaje en el que habría de recoger suficiente material para pintar numerosos cuadros de tema español durante los siete años siguientes. Considerado como el Washington Irving de la pintura norteamericana, Colman no hace en realidad sino trasladar a este dominio la visión del autor de *Tales of the Alhambra*, basada, como se ha visto, en la recreación de un pasado brillante a partir de un presente miserable. Colman pintó, como no podía ser menos, la Alhambra y otros paisajes granadinos, e incluso un cuadro, hoy perdido, con una escena de la victoria de los Reyes Católicos. Para Boone, la influencia de Irving se pone de manifiesto asimismo en *The Hill of the Alhambra*, de 1865, que retrataría una procesión similar a la relatada por Irving en su libro y que correspondería a la celebración de la toma de Granada. Pero el caso más representativo

sería sin duda el del cuadro Near Antequera, Spain, descrito así por el propio Colman en una carta dirigida a quien lo había encargado:

I intended to send you a description of your first Picture when I sent it to you, but you may find it on page 30 of Irving's Alhambra, "The Journey". The city of Antequera in the foreground, in the middle distance the Vega, and the high mountain in the distance the famous Rock of the Lovers or El pennon de los enamorados. The subject is therefore in a measure historical¹⁵. (cit Boone 31)

Tal como se pone de manifiesto en el caso de Colman, los norteamericanos aprendieron desde muy pronto a ver España con los ojos de Irving y, como él, seleccionaron aquellos elementos de la realidad española que mejor se avenían con su propio temperamento, con sus intereses como norteamericanos y también, como no podía ser menos, con las modas del día.

Se trata sin duda de una visión distorsionada de España que ese mismo hispanismo a cuyo frente se sitúa convencionalmente a Irving como precursor ha intentado desmontar, pero de la que también se ha nutrido, dentro y fuera de las universidades, durante casi dos siglos, si bien en la actualidad los vientos que soplan dentro del hispanismo norteamericano parecen aún menos favorables para reconocer al biógrafo de Colón como precursor de la disciplina. Efectivamente, el concepto de hispanismo ha venido sufriendo en las últimas décadas el asedio de corrientes críticas de orientación muy diversa, desde el poscolonialismo a la teoría del canon o los estudios de género, todas ellas coincidentes en su incompatibilidad con el modelo de hispanismo establecido en su día, no ya por propio Irving, sino incluso por Prescott y Ticknor¹⁶. Pero, además, la situación de Irving se ha visto agravada por la importancia que en su obra sobre España tienen dos elementos particularmente conflictivos en la actualidad, como son el Al-Andalus musulmán y el descubrimiento de América. Así, el orientalismo exotista sobre el que se asientan *Tales of the Alhambra* y otros textos (el mismo que fue combatido por Said en su libro) está en el punto de mira de la crítica poscolonial, que, en otro frente, tampoco ha dejado a salvo la visión épica del descubrimiento de América ofrecida por Irving en su biografía de Colón. Incluso la misma interpretación de España dada por Irving, orientalista o no, pero basada en la creencia de una unidad cultural española, se ve ampliamente cuestionada en un momento en el que el Estado Autonómico ha sentenciado la hegemonía cultural del castellano en el ámbito peninsular, lo cual ha dado lugar en algunos ámbitos académicos a propuestas alternativas al concepto de hispanismo (alguna de ellas formuladas no casualmente desde los Estados Unidos), como la denominación "Estudios Ibéricos"¹⁷.

El hispanismo de Irving sufre hoy día el asedio de los mismos que profesan la disciplina a cuya creación tan decisivamente contribuyó, y que no parecen muy proclives a reconocer en el autor su condición de precursor, aun a pesar de que los mismos departamentos desde los que se hostiga el concepto de hispanismo fueron creados como consecuencia de la influencia cultural ejercida por los textos del propio Irving. Perdida, pues, la perspectiva de nuestros contemporáneos, queda sólo el testimonio de los del propio Irving, que casi mayoritariamente supieron reconocer el valor de su ejemplo, como lo hizo, por ejemplo, Martha Perry Lowe (1829-1902), en unos versos de su libro *The Olive and the Pine* (1859):

15

El cuadro había sido encargado por Samuel A. Coale Jr. con la siguiente indicación: "A mass of architecture on one side of the picture against a sunset sky with mountain beyond, purple with a low sun in the foreground".

16

Véanse Read (1992 y 2003), Del Pino y La Rubia (1999), Foster, Altamiranda y Urioste (2000), San Román (2000) Epps y Fernández Cifuentes (2005), Moraña (2005) Sampedro Vizcaya y Doubleday (2008).

17

Véase Gullón (1998) y Resina (2009).

WASHINGTON IRVING

If there be any who have listened to
My songs, it was because thou wentst before;
Because thy master-hand a picture drew
Touched with the very look España wore.
And it was painted with a brush so rare,
So smooth, so lightsome, in its workmanship,
That men stood all entranced in pleasure there,
And wondered why the hours so fast did skip.
The colors were in richening soberness
Laid on, with flitting hues of light and shade,
That glow for ever, like the Virgin's dress,
And never from our native sky shall fade.
America stood still amid her chase
Through glaring daylight and reality,
And dreamed with thee among that twilight race,
Until it softened down her fevered eye.
Perchance, if thou shouldst scan these songs of mine,
They'd wake within thee pensive memories,
Or mind thee how that legend-page of thine
Is gilded with thy country's fondest praise.
And if I have no power to charm her, then
Mayhap she will turn back, when I do sing,
From counting o'er her gold, to look again
Upon the costlier treasures thou didst bring.

OBRAS CITADAS

Adorno, Rolena. "Los orígenes del hispanismo norteamericano en el 'encuentro colombino' de Washington Irving y Martín Fernández de Navarrete". De Guancane a Macondo. Estudios de Literatura Hispanoamericana. Sevilla: Renacimiento, 2008. 411-420.

---. "Un caso de hispanismo norteamericano temprano: El 'encuentro colombino' de Washington Irving y Martín Fernández de Navarrete. El hispanismo anglonorteamericano. Aportaciones, problemas y perspectivas sobre la historia, arte y literatura españolas, (siglos XVI-XVIII). Actas de la Conferencia Internacional "Hacia un Nuevo Humanismo" C.I.H.N.U., Córdoba, 9-14 de Septiembre de 1997. Ed. José Manuel de Bernardo Ares. Vol. 1. Córdoba: CajaSur, 2001. 87-106.

---. "Washington Irving's Romantic Hispanism and its Columbian legacies." Kagan, Spain in America 49-105.

Bleuca, Alberto. "Hispanismo". Egido 73-78.

Egido, Aurora, ed. Mapa del Hispanismo. Número monográfico Boletín de la Fundación Federico García Lorca 33-34 (2003).

Boone, Mary Elizabeth. "Samuel Colman, Washington Irving and the Landscapes of Southern Spain." Vistas de España: American Views of Art and Life in Spain, 1860-1914. New Haven: Yale University Press, 2007. 13-35.

Chatfield-Taylor, H. C. The Land of the Castanet. Chicago: H. S. Stone, 1896.

Dekker, George. The American Historical Romance. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Dingley, R. J. "An Early Use of Hispanist." Notes and Queries 34:3 (1987): 352

Epps, Brad, y Luis Fernández Cifuentes, eds. Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity. Lewisburg: Bucknell University Press, 2005.

Faber, Sebastiaan. Anglo-American hispanists and the Spanish Civil War: Hispanophilia, Commitment and Discipline. New York: Palgrave MacMillan, 2008.

Fernández, James D., "Longfellow's law": the place of Latin America and Spain in U.S. hispanism, circa 1915. Kagan, Spain in America 122-141.

Foster, David William, Daniel Altamiranda y Carmen de Urioste, eds. Current Debates of Hispanism. New York: Garland, 2000.

Frago Gracia, Juan Antonio. "Hispanismo, hispanista." Egido 41-49.

Gifra-Adroher, Pere. Between History and Romance: Travel Writing on Spain in the Early Nineteenth-century United States. Madison: Fairleigh Dickinson University Press, 2000.

Gullón, Germán. "El hispanismo ante la España autonómica." Foro Hispánico 14 (1998): 17-23.

Hart, Thomas R. Jr. "George Ticknor's History of Spanish Literature." Kagan, Spain in America 106-121.

Humboldt, Alexander von. Cristóbal Colón y el descubrimiento de América : historia de la geografía del nuevo continente y los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI. Madrid: Sucesores de Hernando, 1914.

Kagan, Richard, ed. Spain in America: the origins of Hispanism in the United States. Urbana: Illinois University Press, 2002.

Kagan, Richard L. "From Noah to Moses: the Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States." Kagan, Spain in America 21-48.

---. "Introduction." Kagan, Spain in America 1-20.

---. "Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain." Kagan, Spain in America 247-276.

Labany Jo. "Love, Politics and the Making of the Modern European Subject: Spanish Romanticism and the Arab World." *Hispanic Research Journal* 5.3 (2004): 229-243.

Levin, David. *History as Romantic Art*. Bancroft, Prescott, Motley y Parkman. Stanford: Stanford University Press, 1959.

Lowe, Martha Perry. *The Olive and the Pine*. Boston: Crosby, Nichols, and Co, 1859.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. "De los historiadores de Colón." *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* 7, *Obras completas de Menéndez Pelayo*. Vol. 12. Dir. Miguel Artigas. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1942.

Moraña, Mabel, ed. *Ideologies of Hispanism*. Nashville: Vanderbilt University Press. 2005.

Pino, José Manuel del y Francisco La Rubia Prado, eds. *El hispanismo en los Estados Unidos. Discursos críticos/prácticas textuales*. Madrid: Visor Libros, 1999.

Read Malcolm K. *Educating the educators: Hispanism and its institutions*. Cranbury: University of Delaware Press, 2003.

---. *Language, Text, Subject: A Critique of Hispanism*. West Lafayette: Purdue University Press, 1992.

Resina, Joan Ramon. *Del hispanismo a los estudios ibéricos: una propuesta federativa para el ámbito cultural*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.

Romero Tobar. "Las historias literarias de los hispanistas escritores." *Egido* 197-208.

Sampedro Vizcaya, Benita y Simon Doubleday, eds. *Border Interrogations: Questioning Spanish Frontiers*. New York: Berghahn, 2008.

San Román, Gustavo, ed. *Assertive Hispanisms: Tensions and Affirmations in Cultural Identity*. Número monográfico de *Forum for Modern Language Studies* 36.2 (2000).

Stimson, Frederick S. "The Beginning of American Hispanism, 1770-1830." *Hispania* 37:4 (1954): 482-89.

---. "The Influence of Travel Books on Early American Hispanism." *Americas* 11(1954): 155-159.

---. *Orígenes del hispanismo norteamericano*. México: Librería Studium, 1961.

Vargas Llosa, Mario. "El hispanista." *Egido* 357-351.

Wardropper, Bruce W. "An Early English Hispanist." *Bulletin of Spanish Studies* 24:96 (1947): 259-268.

Williams, Stanley Thomas. *The Spanish Background of American Literature*. New Haven: Yale University Press, 1955. Traducción española, *La huella española en la literatura norteamericana*. Madrid: Gredos, 1957.

Yndurain Hernández, Francisco. "Washington Irving, primer hispanista norteamericano." *Washington Irving, (1859-1959)*. Granada: Universidad de Granada, 1960. Edición facsímil. Presentación de Antonio Gallego Morell y prólogo de José Luis Martínez Dueñas Espejo y Andrés Soria Olmedo. Granada: EUG, 2008. 7-51.